

Evangelio del sábado: aunque rechacen el Evangelio

Comentario al Evangelio del sábado de la 15ª semana del tiempo ordinario. “No disputaré ni gritaré”. Jesús lleva a cabo su misión de una forma desconcertante para los hombres. Y al hacerlo, nos revela la profunda identidad del amor: la entrega de la propia vida por aquellos a los que se ama.

Evangelio (Mt 12,14-21)

Al salir, los fariseos se pusieron de acuerdo contra él, para ver cómo perderle.

Jesús, sabiéndolo, se alejó de allí, y le siguieron muchos y los curó a todos, y les ordenó que no le descubriesen, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

*Aquí está mi Siervo, a quien elegí,
mi amado, en quien se complace mi
alma.*

*Pondré mi Espíritu sobre él
y anunciará la justicia a las naciones.*

*No disputará ni gritará,
nadie oirá su voz en las plazas.*

*No quebrará la caña cascada,
ni apagará la mecha humeante,
hasta que haga triunfar la justicia.*

*Y en su nombre pondrán su esperanza
las naciones.*

Comentario al Evangelio

Dios, buen pedagogo, había dicho al pueblo de Israel que se le podía encontrar en el susurro de una brisa suave antes que en el huracán o el terremoto (cfr. 1Reyes 19,3-15). Una y otra vez debían ser corregidas las expectativas de aquellos hombres, a los que les costaba tanto salir de su forma de comprender las cosas. En ese susurro es como Jesús, el Mesías esperado, vino al mundo: en el silencio de la noche y en un lugar pequeño y apartado. Y con ese susurro es como llevó a cabo su misión: como Siervo sufriente (cfr. Is 42,1-4). De esto había hablado Isaías, pero la mayoría no lo había

entendido: el Mesías se iba a enfrentar con el endurecimiento y el rechazo, en concreto, de los dirigentes del pueblo de Israel.

Jesús se duele de ese rechazo, pero no se sorprende. Conoce los corazones. Y, aun así, no da la espalda a lo que sabe que va a venir. Ha venido a instaurar un Reino de amor, reino del que también había hablado Isaías (cfr. Is 11,1-9): “Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡qué ansias tengo hasta que se lleve a cabo!” (Lc 12,49-50). *“Aquí está mi Siervo, a quien elegí, mi amado, en quien se complace mi alma”*: ¡cuánto dicen estas palabras de Dios Padre, y que luego todos oirán cuando Jesús sea bautizado en el Jordán! *He ahí el amor verdaderamente divino, el fuego que ni las aguas más caudalosas pudieron ni podrán jamás apagar* (cfr. Ct 8,7).

El Señor se echa hacia adelante con decisión. San Pablo lo expresa así de sí mismo: “Olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, correr hacia la meta” (Flp 3,13-14). Quizá a nosotros, como cristianos, podría retraernos ver el rechazo de tantos a Cristo o la aparente falta de fruto. No olvidemos, por un lado, lo que dice Dios a Samuel: “No es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos” (1Samuel 8,7). No olvidemos, por otro, que el amor de verdad, el que transformará los corazones y cambiará al mundo, se prueba, se avalora, en el sacrificio por el amado: Dios y los hombres. Damos nuestra vida por amor a Dios y por los que amamos con el amor de Cristo: porque Cristo ha venido a llamar a los pecadores, que somos todos; porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cfr. 1Tm 1,15; 2,4).

Juan Luis Caballero // Iseo Yang
- Getty Images Pro

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-hn/gospel/evangelio-sabado-decimoquinta-ordinario/>
(21/01/2026)